



TRADICIÓN, RETOS, TESTIMONIO

Una meditación para el Capítulo General Carmelita

12 de septiembre de 2019

"Le dijo (el Señor a Elías): «Sal y ponte en el monte ante Yahveh.» Y he aquí que Yahveh pasaba. Hubo un huracán tan violento que hendía las montañas y quebrantaba las rocas ante Yahveh; pero no estaba Yahveh en el huracán. Después del huracán, un temblor de tierra; pero no estaba Yahveh en el temblor. Después del temblor, fuego, pero no estaba Yahveh en el fuego. Después del fuego, el susurro de una brisa suave." (1 Re 19, 11-12)

Michael Casey OCSO

Una de las grandes paradojas de la vida espiritual es que el Dios a quien buscamos está presente en el mundo del espacio y del tiempo precisamente estando ausente de él. La presencia de Dios es a través de una ausencia perceptible. Dios no está en el mundo como un objeto perceptible, sino como una presencia tan cercana a la nada como podamos concebir. Como lo indica la visión de Elías en el Horeb, la presencia de Dios no parece ser más que el sonido de un leve susurro. Es silencio. Real pero sutil, más allá de nuestra imaginación. Aun cuando podemos afirmar la presencia de Dios en el mundo, estamos desconcertados por el hecho de que Dios no es una cosa, ni una cosa junto con otras cosas, sino una realidad que es completamente otra. Lo que decimos sobre Dios es necesariamente trivial y sin fundamento, sin embargo, es esta experiencia de la densidad de la ausencia de Dios lo que enciende el deseo, que es la fuerza impulsora de cada viaje espiritual.

Publicitar ese "Dios desconocido", como descubrió rápidamente San Pablo, no es fácil. Las alternativas son el ateísmo o alguna forma de idolatría. La tentación de contactar con otras deidades más accesibles está siempre presente, y los dioses de nuestra propia creación suelen ser más receptivos a nuestras formas de pensar y actuar. Pero la religión creada por mano humana (ethelothreskia - Col 2:23) no tiene un componente trascendente; puede ser solo una variante del condicionamiento social. Debido a que la naturaleza divina es directamente



incognoscible, incluso si se postula la existencia de Dios, parecería que los seres humanos están efectivamente limitados a una existencia sin Dios.

Luego vino la sorpresa. Dios habló. La autorrevelación de Dios. De diversas maneras, Dios se dirigió a los patriarcas y profetas, y a medida que pasaron los siglos recibimos el don de una instrucción autorizada sobre las cosas de Dios (Torá). Además, fuimos exhortados por santos y sabios para encontrar el rastro de Dios incluso en la opacidad del mundo creado. Luego, en la plenitud de los tiempos, Dios envió al Hijo, nacido de una mujer. En él residía la plenitud de la Divinidad, para que al hacerse humano pudiéramos volvernos divinos.

Cristo, donde la autorrevelación de Dios se hizo definitiva, es el portal por el cual podemos contactar con el mundo espiritual y, por lo tanto, con el Dios que habita en una luz inaccesible. Esta revelación continua es viva y activa. No es inerte. Es el medio por el cual la presencia de Dios en el mundo continúa presente. Es el medio por el cual se transmite la vida eterna, que proviene del contacto con lo divino. Cristo, como fuente de vida eterna, nos la transmite a través de la mediación humana: la proclamación de las Buenas Nuevas, los sacramentos, la comunión vivificante que es la Iglesia.

Y esta es una descripción de la tradición, una que va más allá de la sociología y de la antropología cultural y la ve en términos teológicos y metafísicos. Es la transmisión de la vida. Vida eterna.

1. Tradición

"Tomó el manto que se le había caído a Elías y se volvió, parándose en la orilla del Jordán. Tomó el manto de Elías y golpeó las aguas diciendo: ¿Dónde está Yahveh, el Dios de Elías?» Golpeó las aguas, que se dividieron de un lado y de otro, y pasó Eliseo." (2 Re 2, 13-14)

La tradición a menudo se malinterpreta como una realidad pesada, que se refiere a la conservación del pasado y, por lo tanto, a la resistencia al presente y a la indiferencia hacia el futuro. La forma de la palabra contradice esta lectura. El sufijo -itio en traditio indica que es un proceso. Está más cerca de un verbo que de un sustantivo. Traditio correctamente se refiere al acto de transmitir algo a otro, en lugar de lo que se transmite. La tradición está viva mientras se transmite de una generación a la siguiente. Lejos de ser estático, es un río heracliteano que fluye siempre.¹

¹Ver M. Casey, "Tradition, Interpretation, Reform: The Western Monastic Experience," *American Benedictine Review* 69:4 (2018), pp. 400-428.



Pero hay una trampa. El verbo tradere significa no solo "entregar" sino también "traicionar". Irónicamente, lo que se entrega se cambia inevitablemente. El acto de la recepción modifica lo que se recibe. Esta es la presuposición del "juego del teléfono" (téléphone arabe), a veces llamado "susurros chinos" (Chinesisches Flüstern). Es imposible recibir un mensaje y transmitirlo sin agregarle algo nuestro. Lejos de la asepsia de la conservación museística, la tradición promueve la preservación al replicarse en una variedad de formas, nutriéndose en cada versión de su propio entorno único y particular.

Hay, por tanto, dos nociones falsas de tradición. Una es identificarla con un depósito fijo e inmutable, de creencias, valores o prácticas, que sirve como un criterio permanente de ortodoxia. El otro es verla dentro de la mentalidad decimonónica del perpetuo progreso. Progreso; cada paso posterior es una mejora que hace que el pasado sea redundante. La realidad llega en algún lugar dentro de esta polaridad. La tradición se mantiene cambiando constantemente. Siempre es nueva, mas no pierde nada de lo que era.

La tradición es un proceso de reforma continua de todo lo que se recibe de acuerdo con la situación emergente. La reforma no es una necesidad ocasional, es un componente integral del proceso. La forma de esta reforma no está determinada exclusivamente por lo que existía previamente, es una respuesta a los nuevos desafíos. Llevar las Buena Nueva más allá del ámbito de las ovejas perdidas de la casa de Israel significaba inevitablemente que el Evangelio se modificaría en el proceso. Existen hoy miles de formas de encarnar las creencias y valores del Evangelio, diferenciados por su geografía y por sus caminos culturales propios a través de los siglos. La autorrevelación de Dios ha producido una variedad casi infinita de resonancias en los corazones de los seres humanos que dan testimonio en conjunto de la riqueza insondable de la divinidad.

Este principio se ejemplifica en las diferentes tradiciones de la vida evangélica que están asociadas con las diversas órdenes religiosas que han surgido en respuesta a lo que el Vaticano II denominó "los signos de los tiempos". Podemos, si queremos, rastrear la genealogía de estas tradiciones, observando cómo a través de diferentes concatenaciones de circunstancias, una sola corriente de tradición se reforma continuamente². Muchas de estas reformas se imaginan a sí mismas como la recuperación de la tradición original y auténtica que se había perdido o deformado a lo largo del tiempo. Pero, en todos los casos, es algo nuevo que está surgiendo. Y, por supuesto, las tradiciones a menudo se deforman en el curso de la reforma, es por eso que la historia de muchas de las órdenes religiosas más antiguas está marcada por espasmos reformistas.

El Concilio Vaticano II describió brevemente la tarea de la renovación de la vida religiosa como regresar a las fuentes y responder a los signos de los tiempos. La palabra clave es, por supuesto, "y". Uno u otro de estos cursos de acción no es más que un tímido desafío; perseguir ambos objetivos simultáneamente es mucho más exigente. Dentro de las filas de aquellos que siguen tradiciones particulares, siempre ha habido algunos que anhelan regresar al pasado y otros que quieren dejarlo atrás y precipitarse en el presente. Y esto requiere, para usar otro ideal

² En "From Desert to Cloister" in *Monks Road: Gethsemani into the Twenty-First Century* (Trappist: Gethsemani Abbey, 2015), pp. 9-87, he tratado de demostrar como las diferentes facetas de la espiritualidad monástica fueron surgiendo debido a las condiciones sociales de las eras que les toco vivir.



muy favorecido del Vaticano II, el diálogo. De lo contrario, el resultado es la polarización y, a veces, la división entre lo que podría denominarse "conservador" y "progresista". En tales situaciones, a menudo se olvida la sabiduría del conocido dicho de Hegel. "Las verdaderas tragedias no resultan del enfrentamiento entre un derecho y una injusticia. Surgen del choque entre dos derechos". Dos derechos a menudo hacen un mal.

En el corazón de este dilema está el tema de la hermenéutica. ¿Se está leyendo la tradición correcta y dinámicamente o se está viendo como algo fijo e inamovible, por un lado para ser aceptado, por el otro para ser rechazado? La interpretación de un patrimonio espiritual no se rige por las mismas normas que la lectura jurídica de textos legislativos. Hay un tipo de acceso familiar que permite a aquellos que han vivido de acuerdo con las creencias y valores encarnados en la tradición, contextualizar intuitivamente lo que está escrito y comprender su significado en su propia situación que es muy diferente. Existe la posibilidad, como señaló Hans-Georg Gadamer, de una "fusión de horizontes" (Horizonverschmelzung), que es el prerequisite para llegar a un lenguaje común que permita el diálogo.³ Para comprometernos con nuestra tradición espiritual necesitamos la apertura fundamental de un oyente⁴ que permita una "escucha ininterrumpida"⁵, y esto presupone que, al abordar el texto, somos "radicalmente no dogmáticos"⁶. Acepto que al buscar una guía en la tradición me encontraré con "algunas cosas que están en mi contra"⁷. La internalización previa de las creencias y los valores de la tradición no pretende ser una defensa contra el cambio, sino un punto de partida para una nueva expresión de verdades antiguas en la que la sensibilidad enriquecida del lector comprometido desempeña un papel necesario y creativo.

No debemos perder de vista el componente teológico en las tradiciones espirituales. La tradición de una orden religiosa es una expresión de la tradición eclesial, un canal por el cual fluye hacia nosotros la difusión de la autorrevelación de Dios. Nuestra participación en una tradición, y no solo nuestra recepción, es una fuente de vida. Es un medio por el cual la vida de Cristo fluye hacia nosotros y nos permite vivir en un nivel que de otro modo sería imposible. Piensa en tu vocación. ¿No fue nuestra experiencia de vocación una percepción de un camino que conduce a una vida más abundante? Se abrió ante nosotros como un medio de acceso al mundo espiritual, que podríamos aceptar o rechazar. Fue más que una elección de carrera. Lo experimentamos como la llamada de Cristo, no muy diferente a la llamada de Simón, el pescador, o Mateo, el recaudador de impuestos, o el hombre rico que se fue más triste.

Nuestro sentido colectivo de ser llamados por Cristo es la clave hermenéutica para comprender nuestra tradición. Nos acercamos a nuestro patrimonio con el deseo de comprender a qué estamos llamados hoy. No Ayer. "Si escucháis hoy la voz del Señor ..." Supongo que lo que está operando aquí es la gracia de la comunión que vivifica a quienes la reciben, no solo para asegurar que la tradición esté viva sino para tratar de que cobre vida. Esto significa que nosotros que participamos en una tradición estamos obligados a permitir que esa tradición continúe obrando su magia en nosotros. Con una mano recibimos del pasado, la hacemos nuestra y, con la otra, la pasamos al futuro. Este medio concreto por el cual Dios actúa en la auto-revelación

³Hans-Georg Gadamer, *Truth and Method* (London: Sheed and Ward, 1965), p. 273; "Comprensión ... es siempre la fusión de estos horizontes que imaginamos que existen por sí mismos."

⁴ Gadamer, *Truth and Method*, p.324.

⁵Gadamer, *Truth and Method*, p. 421

⁶ Gadamer, *Truth and Method*, p. 319.

⁷Gadamer, *Truth and Method*, p. 325.



y la auto-comunicación se mantiene vivo por mediación humana. Es decir, por nosotros. Al continuar la tradición nos convertimos en instrumentos de la obra de santificación de Dios.

La comunión de los santos se representa en el Nuevo Testamento como el Cuerpo de Cristo, un cuerpo en el que los diferentes miembros tienen funciones distintas. Esto significa que no hay base para comparar el valor de uno frente al otro. "El ojo no puede decirle a la mano: "No te necesito". Dentro del llamado universal a la santidad hay vocaciones distintas, cada una de las cuales contribuye al plan maestro divino. Y tenemos que admitir que no importa cuánto tiempo dediquemos a tratar sobre nuestra declaración de principios y sobre nuestra misión, realmente no sabemos con mucha claridad cuál es la tarea que tenemos en el esquema universal de las cosas. Como resultado, a menudo juzgamos mal lo que sucede a nuestro alrededor a medida que pasamos por períodos de transición necesarios pero no deseados. Nada permanece igual por mucho tiempo. Las órdenes religiosas suelen pasar por temporadas alternativas de expansión y contracción. Lo que a menudo no entendemos es que las fuerzas impulsoras del crecimiento son a menudo las lecciones aprendidas durante la disminución.

En particular, tendemos a ser demasiado negativos al evaluar el potencial presente en la situación actual. Esta es una excusa conveniente para deleitarnos en nuestra falta de perspectivas y hundirnos sin propósito, acercándonos al fuego lo suficiente como para mantenernos calientes, pero sin ningún celo misionero para permitir que florezca. ¡Muchos de nosotros nos sentimos inclinados a exclamar con Cicerón, "Oh tempora! Oh mores!" Miramos a nuestro alrededor los problemas y las divisiones dentro de la Iglesia, el descorazonamiento de tantos religiosos debido a la reducción del número y a la disminución de la vitalidad. Vemos surgir en nuestros corazones lo que se puede llamar el mantra de la desesperación. "Si solo". Si solo el grupo de reclutas potenciales fuera mayor. Si tan solo tuviéramos más candidatos. Si solo más de los que entran perseveran. Si nuestro liderazgo fuera más dinámico ... A lo que Dios bien podría responder: "Todavía hay siete mil que no han doblado la rodilla ante Baal". Con demasiada frecuencia nos vemos retenidos por el bien que podemos hacer por lo que Jean Baudrillard ha denominado "nostalgia ecléctica"⁸. Nuestros recuerdos selectivos de lo que solía ser nos tiranizan, como si la exuberancia que muchas órdenes experimentaron durante la década de 1950 o en el siglo XIX fuera la norma. Somos enviados a interactuar con nuestro propio tiempo y cultura, sea lo que sea ahora y lo que sea que esté en proceso de convertirse. Por eso la tradición está viva; saca su energía del mundo real, que se ve como un emocionante conjunto de nuevos desafíos. La flexibilidad con la que la tradición ha respondido al cambio en los siglos anteriores es una fuente de confianza de que puede servir a Dios y avanzar el Reino de Dios en cualquier situación que la sociedad que nos rodea presente.

Nadie tomaría en serio a un tenista que insistiera en jugar solo aquellos tiros a los que ha dado su aprobación previa. El objetivo del juego es que un jugador no sabe qué tipo de bola lanzará su oponente a continuación. Tiene que estar preparado no solo para defenderse del disparo de su oponente, sino de manera creativa para devolverle el golpe de una manera inesperada. En el tenis de una guardería puede ser diferente, pero se espera que el jugador profesional pueda lidiar con cualquier cosa que el otro jugador le lance.

⁸Se dice que la posmodernidad es una cultura de sensaciones fragmentarias, nostalgia ecléctica, simulacros desechables y superficialidad promiscua, en la que las cualidades tradicionalmente valoradas de profundidad, coherencia, significado, originalidad y autenticidad se desechan o disuelven en medio del remolino aleatorio de señales vacías. Citado de www.azquotes.com/author/1049-Jean_Baudrillard.



Tal vez es hora de que prestemos menos atención a los "profetas de la fatalidad" y sus estadísticas y proyecciones y comencemos a ver cuáles son las posibilidades concretas que trae este momento de cambio. No debemos tener ninguna duda de que estamos enfrentando no solo una época de cambio, sino un cambio de época. Como ha dicho el papa Francisco⁹. Estamos viviendo un cambio de paradigma¹⁰. Es muy posible que esto requiera de nosotros un nuevo aprendizaje y unas nuevas habilidades, pero no es el fin del mundo. Y no tiene por qué ser el final de la tradición a la que pertenecemos. A menos que tengamos algún tipo de deseo de muerte que nos robe la esperanza y agote nuestra energía para resistir la extinción. Quizás deberíamos tomar en serio el famoso poema de Dylan Thomas: "No entres suavemente en esa buena noche. / Rabia, rabia contra la muerte de la luz."

Una tradición generalmente no se extingue solo por fuerzas externas; si se desvanece es porque quienes la mantienen se desaniman, se acobardan y dejan la carga.

2. Desafíos

"Al oírlo Elías, cubrió su rostro con el manto, salió y se puso a la entrada de la cueva. Le fue dirigida una voz que le dijo: «¿Qué haces aquí, Elías?»" (1 Re, 19-13)

El componente fundamental de la situación en la que nos encontramos es que hemos perdido ese espíritu invencible que caracteriza nuestra identidad, como individuos, pero también como Orden. Es cierto que tenemos todo tipo de símbolos de nuestra identidad: nuestro hábito, nuestro vocabulario distintivo, lugares y personajes que llevan nuestra marca. ¿Pero sabemos quiénes somos en la Iglesia de hoy y en el mundo de hoy? Aquí la historia no es de mucha ayuda. La mayoría de las Ordenes han sido diferentes en diferentes circunstancias, y escoger y elegir entre precedentes históricos para encontrar algo que nos atraiga no es necesariamente útil. Nuestra tarea ahora no es solo encontrar un camino que nos sostenga y nos dé vida, sino encontrar uno que también nos proporcione un objetivo para nuestra capacidad de generar vida, uno que nos permita contribuir a la marcha hacia adelante del Reino de Dios.

Ayuda si estamos un poco locos. Bien puede ser cierto que el sentido común es la guía de las virtudes, pero a veces un exceso de prudencia puede hacernos demasiado tímidos para responder al llamado del Espíritu. Me encanta el hecho de que la gran catedral de San Basilio en el Kremlin está dedicada no al gran Doctor Capadocio de la Iglesia, sino a San Basilio el Loco (muerto en 1552), que solía deambular completamente desnudo durante el terrible invierno ruso, para llamar la atención sobre el mensaje que debía predicar. Es de excelente sentido común "preferir una moderación que con demasiada facilidad puede conducir a la

⁹ "No estamos viviendo en una época de cambio, sino un cambio de época" *L'Osservatore Romano*, 4 Julio 2014, p. 10.

¹⁰ Thomas S. Kuhn, *The Structure of Scientific Revolutions*, (Chicago: University of Chicago Press, 4th Edition 2012). p. 175. See Hans Küng and David Tracy [ed.], *Paradigm Change in Theology: A Symposium for the Future* (New York: Crossroad, 1989). Hans Küng, *Can We Save the Catholic Church?* (London: William Collins, 2013)



mediocridad"¹¹. Las historias de las órdenes religiosas a menudo muestran períodos en los que la auto-legitimación ha conducido a una espiral de decadencia, y durante los cuales se hacen muchas pequeñas elecciones que acumulándose terminan por cambiar el objetivo inicial del grupo. Cada opción individual es defendible, pero nadie se toma el tiempo de dar un paso atrás y evaluar a dónde lleva todo. Quizás hayan olvidado el consejo de Winston Churchill: "Mire las corrientes, no los remolinos."

Así subrayamos la importancia de una fuerte experiencia corporativa de identidad, fuerte en el sentido de que nos permite tomar elecciones que estén en armonía con nuestro objetivo fundamental, y que no se basen simplemente en una respuesta rápida a necesidades o eventualidades oportunistas. Quizás debamos superar nuestra necesidad de obtener la aprobación a través de una conformidad ciega con las expectativas egoístas de los demás, e invertir nuestros recursos limitados para hacer bien lo que hacemos mejor. En otras palabras, todos debemos dar cierta prioridad a aquellas actividades que están más estrechamente relacionadas con nuestro carisma particular, reconociendo que a veces la renovación es más una cuestión de resta que de suma. ¿Puedo recordar el comentario del cardenal Braz de Aviz en el Congreso del abad benedictino en 2012? A veces "debemos tener el coraje de disminuir nuestras obras para salvar nuestro carisma".

Obviamente, no le corresponde a un extraño definir la naturaleza de su carisma. Como es obvio, debe ser tarea del Capítulo General de su Orden entrar en un diálogo sostenido sobre cómo reenfocar su comprensión de la tradición por la que vive para que se vuelva más aguda y capaz de penetrar la niebla que impregna el mundo postmoderno.

“Elías se acercó a todo el pueblo y dijo: «¿Hasta cuándo vais a estar cojeando con los dos pies?
(1Re 18,21)

Debido a que no soy reacio a apresurarme hacia donde los ángeles temen pisar, puedo decir que probablemente el problema más importante y más urgente sea decidir sobre la prioridad relativa de las actividades derivadas de ser una hermandad contemplativa y las actividades relacionadas con su ministerio y vida de servicio a la Iglesia. Seguramente debisteis haber considerado seriamente esta cuestión en los Capítulos que siguieron al Concilio Vaticano II, pero eso fue hace medio siglo. Los tiempos han cambiado. La combinación de la vida contemplativa con el ministerio activo es un objetivo noble, pero los aspectos prácticos son difíciles de descifrar. En la historia de San Lucas sobre María y Marta, María se sienta a los pies de Jesús, mientras que Marta "se para sobre él" [epístasa] (Lucas 10:40), una palabra que, en el Tercer Evangelio, indica superioridad. Como la señora de la casa, Marta intenta intimidar a Jesús. Probablemente descubriremos que en nuestra propia vida religiosa las demandas de la actividad son siempre más estridentes que las de la vida contemplativa.

¹¹De igual modo, David Malouf in un contexto distinto *A First Place* (North Sydney, Knopf, 2014), p. 301.



Muchos de nosotros confiamos en una creencia fácil de que las cosas se resolverán sin mucha interferencia de nuestra parte. Eso es interpretar mal la urgencia de la actualidad. El hecho es que la vida contemplativa, a diferencia de la experiencia contemplativa ocasional, siempre termina en segundo lugar. Veo cuatro razones para esto.

1. La contemplación es un don de la Gracia; no podemos producirla a través de nuestros propios esfuerzos, lo máximo que podemos hacer es reducir las actividades alternativas para dejar espacio a la Gracia que viene por iniciativa de Dios.
2. No existe un vínculo causal directo entre lo que hacemos y lo que experimentamos; y así llegamos fácilmente a la conclusión de que, dado que no hay resultados visibles, estamos desperdiciando nuestro tiempo dedicándonos a las cosas del espíritu.
3. Los frutos de la contemplación no siempre son evidentes para quien los recibe, por lo que nos desanimamos fácilmente, especialmente porque algunos síntomas del progreso son contraintuitivos.
4. Vivir una vida contemplativa exige mucho en términos de disciplina y ascetismo. En general, nos sentimos más cómodos al elegir un estilo de vida menos exigente.

Lo peor que podemos hacer es no hacer nada. Necesitamos dar una respuesta a los signos de los tiempos. Por tanto, hablemos de la necesidad de una forma de vida disciplinada. Toda tradición religiosa que busca ser tomada en serio exige a sus adeptos prácticas y observancias específicas, por medio de la entrega de tiempo o dinero, o mediante códigos más estrictos de moralidad personal y social. Siempre hay una dialéctica entre comodidad y desafío¹². "Una cierta tensión con la sociedad secular es esencial para el éxito: el truco es encontrar y mantener la cantidad correcta"¹³. De hecho, parece que cuanto más exigentes son las condiciones para la membresía, más prospera la institución. En 1994, el sociólogo estadounidense Laurence R. Iannaccone publicó un artículo titulado "Por qué las iglesias estrictas son fuertes"¹⁴. En él mostró evidencias para concluir que el rigor tendía a mejorar la salud de una comunidad al excluir a los miembros no comprometidos y a mejorar el moral y participación de quienes están preparados para cumplir las exigencias. Las comunidades relajadas ofrecen pretextos para que los miembros entren y salgan. Algunos quedan marginados y migran a los márgenes, otros ven la vida común como una especie de mezcla heterogénea en la que tienen el derecho de seleccionar lo que les atraiga y dejar lo demás de lado.

En muchas órdenes religiosas hay un continuo resentimiento ante lo que se percibía como la severidad de la práctica anterior y una resistencia correspondiente a cualquier cosa que pueda verse como un retorno a lo que se llama la "inhumanidad" de las décadas pasadas. La disciplina fue vista como penitencial y quizás incluso vengativa, más que como un medio para alcanzar la meta por la cual las personas ingresaron a la vida religiosa. Además, era algo para los novatos: se descartaría una vez que se alcanzara la madurez. En este asunto, podemos sorprendernos al descubrir que los millennials son mucho más positivos acerca de la disciplina significativa que los rebeldes de mediana edad que se oponen a ella.

Si pretendemos anunciar el carácter distintivo de nuestra tradición señalando su fuerte componente contemplativo, entonces debemos asegurarnos de que las personas que están en

¹² Este es el dilema explorado en Charles Y. Glock, Benjamin B. Ringer and Earl R. Babbie, *To Comfort and To Challenge: A Dilemma of the Contemporary Church* (Berkeley: University of California Press, 1967).

¹³ Rodney Stark y William Sims Bainbridge, *The Future of Religion: Secularization, Revival and Cult Formation* (Berkeley: University of California Press, 1985), p 134.

¹⁴ *American Journal of Sociology* 99.5 (March 1994), pp. 1180-1231.



búsqueda no se sientan decepcionadas cuando se encuentren con la realidad. Esto implica más que proporcionar un camino contemplativo para que lo sigan; significa que nosotros mismos debemos caminar el camino, en vez de solo hablar.

Aquí es donde se vuelve difícil. La oración contemplativa no es algo que se consiga mediante las fuerzas humanas. Es, mas bien, como afirma San Juan Clímaco, el regalo de Dios para quienes rezan¹⁵. Esto significa que tenemos que iniciar a los recién llegados en una práctica de oración que los exponga progresivamente a la comprender su incapacidad y por consiguiente dependientes de Dios. En la oración, pero también en la vida. Lo que les enseñamos es que la oración no se puede enseñar.

Tengo que admitir que tengo reservas sobre insistir en técnicas particulares, aunque es prudente tener a nuestra disposición una variedad de métodos para entrar en oración. A veces, la lección que aprendemos tan a regañadientes es que, cuando se trata de la oración, estamos indefensos y sin esperanza para lograr los objetivos que nos fijamos de manera optimista. Como ya he dicho, no podemos producir oración. Todo lo que podemos hacer es reducir las actividades que la desplazan. Y esta es la función adecuada de la vida común. Una comunidad formativa facilita el desarrollo de una disciplina de vida que optimiza progresivamente tanto la expansión cualitativa como cuantitativa de la oración en los corazones y en la vida de sus miembros.

Las prácticas que permiten que la oración se expanda son bien conocidas por todos ustedes, así como los problemas que inhiben su crecimiento. Me gustaría destacar una observancia que tiene una relevancia particular en nuestro tiempo: el silencio. Su regla advierte correctamente: "Emplee todo cuidado en guardar silencio, que es la forma de fomentar la santidad".

El resurgimiento del interés por el silencio en nuestro mundo cada vez más ruidoso está indicado por el número de libros recientes dedicados a este tema desde el punto de vista de varias disciplinas¹⁶. Esto quizás sugiere que deberíamos hacer una auditoría de la práctica del silencio en nuestras comunidades. Me parece que deberíamos pensar menos en imponer regulaciones rígidas y draconianas que en desarrollar dentro de nuestra membresía una apreciación del valor humano y espiritual del silencio, quizás reconociendo cuánto se ha erosionado en las últimas décadas.

Quizás el testimonio de Sara Maitland, una inglesa que pasó años buscando el silencio, pueda proporcionarnos un punto de partida para la reflexión.

Casi todos los escritores serios sobre la oración contemplativa, de todas las tradiciones y de toda la historia, tienen claro que este tipo de oración solo puede desarrollarse en un contexto que incluya mucho silencio.¹⁷

¹⁵John Climacus *Ladder*, 28:64. [Lazarus Moore trans.], *St. John Climacus: The Ladder of Divine Ascent* (London: Faber and Faber, 1959), p. 258.

¹⁶ Por ejemplo. Max Picard, *The World of Silence* (Wichita: Eighth Day Books, 2002). Eckhart Tolle, *Stillness Speaks* (Sydney: Hodder, 2003). Stuart Sim, *Manifesto for Silence: Confronting the Politics and Culture of Noise* (Edinburgh: Edinburgh University Press, 2007). Sara Maitland, *A Book of Silence* (London: Granta Publications, 2008). Diarmaid MacCulloch, *Silence: A Christian History*, (London: Penguin Books, 2013) Maggie Ross, *Silence: A User's Guide* [Two volumes], (London: Cascade, 2014 and 2017). Erling Kagge, *Silence in the Age of Noise* (London: Penguin Books, 2018). Alain Corbin, *A History of Silence: From the Renaissance to the present day* (Oxford: Polity Press, 2018).

¹⁷ Maitland, *A Book on Silence*, p. 24.



En las circunstancias correctas, el silencio no se experimenta como una negatividad, aunque llegar a él implica muchas negaciones. Gustavo Dudamel, director de la Orquesta Filarmónica de Los Ángeles, ha insistido en que el silencio de la audiencia es parte integral de cualquier actuación; comunica una energía que falta cuando la orquesta ensaya en una sala vacía. El silencio crea un espacio que atrae lo que es repelido por una alta densidad de sonido. Su efecto general es el enriquecimiento.

Hay, claramente, diferentes niveles de silencio y no todos tienen el mismo valor espiritual. Cuando el ruido físico se reduce al mínimo, reina el silencio, por un momento. Luego, los sonidos más suaves y sutiles comienzan a hacerse oír. Sonidos que están por debajo de nuestro umbral normal de audición porque son borrados por el rugido de la vida moderna. A menudo hay una conexión entre la inmersión en la naturaleza y el silencio. Aunque la naturaleza misma no está en silencio, nos llama a una admiración sin palabras. Nos induce a dejar de lado nuestra palabrería y nuestros ruidosos dispositivos y estar atentos. Experimentamos esto como edificante para el alma. Somos sacados de nosotros mismos por el momento y tocados por una realidad trascendente. Esta es probablemente la razón por la que Alfred North Whitehead pudo escribir: "La religión es lo que el individuo hace con su propia soledad ... y si nunca eres solitario, nunca eres religioso".¹⁸

Necesitamos silencio para el pensamiento original y poder expresarnos. La falta de originalidad es uno de los aspectos de la posmodernidad que lamenta Jean Baudrillard, y bien puede deberse a la invasión insistente del ruido en la vida cotidiana¹⁹. Necesitamos silencio para pensar y encontrar nuestra propia voz. Los estados totalitarios reconocen esto. Es por eso que hay altavoces en lugares públicos. Su propósito no es simplemente la comunicación de contenido y despertar del fervor patriótico, sino también evitar la actividad más subversiva: el pensamiento privado.

Si bien necesitamos silencio para encontrarnos, el silencio también nos ofrece la posibilidad de dejarnos de lado de centrarnos en nosotros mismos. Conforme vamos penetrando en el silencio, nos encontramos llamados a dejar de lado los muchos deseos egoístas que continúan poblando nuestros corazones, incluso después de muchos años de búsqueda espiritual. La guerra espiritual en la que estamos involucrados tiene como objetivo esa sencillez de corazón que es el semillero de la oración profunda. No hay sustitutos. No hay atajos.

Hay cierta ironía en pasar tanto tiempo hablando del silencio. Lo he hecho con la creencia de que prestar más atención a este asunto es una de las formas con las que podemos avanzar suavemente hacia una existencia más contemplativa. Creo también que más silencio será bueno para la mayoría de nosotros, en el sentido de que nos ayudará a encarnar más completamente en nuestras propias vidas y a nuestra manera algo de la riqueza de nuestra antigua tradición. Y, si estamos en el negocio de tomar decisiones, sería bueno tener en cuenta la posibilidad de leer uno de los libros recientes escritos sobre el silencio, con la esperanza de tener nuevas ideas sobre un tema que ha sido familiar durante mucho tiempo.

¹⁸ Alfred North Whitehead, *Religion in the Making* (Cambridge: Cambridge University Press, 1927), p. 7.

¹⁹ Ver nota 7.



3 Testimonio

"La mujer dijo a Elías: «Ahora sí que he conocido bien que eres un hombre de Dios, y que es verdad en tu boca la palabra de Yahveh.»" (1Re 17,24)

Si queremos desempeñar un papel profético en el mundo postmoderno, el primer requisito es que seamos lo que decimos que somos. Como uno de los Santos Cristianos de Tiberine escribió: "La única forma de dar testimonio es ... ser lo que somos en medio de realidades cotidianas y banales". Esto recuerda la sentencia dictada por Catalina de Siena en una carta a Stefano di Corrado Maconi (Ep. 368), "Conviértete en lo que estabas destinado a ser y prenderás fuego a toda Italia y más allá". Si realmente somos hombres de Dios, la gente lo notará, tal como también lo notan cuando somos falsos.

Ser lo que estamos llamados a ser implica más que sacarnos de las constreñidas bobinas del capitalismo, el consumismo y la explotación. Ciertamente necesitamos sacudirnos estas restricciones. Pero hay más. Necesitamos permitir que la gracia de nuestro carisma florezca y dé frutos en nuestras vidas individuales y corporativas. Para ser lo que estamos destinados a ser. En medio de las realidades cotidianas banales.

La fidelidad a nuestra llamada particular es el medio más fundamental de evangelización. El silencio a veces puede comunicarse más efectivamente que las palabras. Existe un margen en la Iglesia de hoy para un enfoque más apofático de la teología y el ministerio. A veces tengo la impresión de que los líderes de la Iglesia pierden credibilidad al hablar demasiado alto, con demasiada frecuencia. Hay muchas cosas que están mal en el mundo de hoy, eso es evidente. Pero quizás debamos seguir el ejemplo de la respuesta de Jesús a la mujer adúltera en el octavo capítulo del cuarto Evangelio. Hasta el momento en que la Iglesia recupere su credibilidad en asuntos morales, bien podemos lograr más al decir menos. Esto no es tanto una cuestión de doctrina como de táctica. La doctrina no cambia, pero nuestra entrega de doctrina está en sintonía con la receptividad de aquellos a quienes nos dirigimos. Muchos, especialmente los más jóvenes, nos dicen: "No me lo digas. Enseñámelos."

Necesitamos considerar la posibilidad de cambiar el énfasis del dogma duro por algo más sutil. Alejándonos del pensamiento binario del cerebro izquierdo y las categorías cartesianas hacia algo más integralmente humano. El Papa Juan Pablo II tuvo una famosa intervención sobre los dos pulmones de la Iglesia²⁰. Durante demasiado tiempo en Occidente hemos estado respirando con un solo pulmón. Necesitamos desarrollar una teología que sea más "oriental": una que esté más asombrada del misterio inefable del Dios trascendente, una que considere la celebración de este misterio en la liturgia como un complemento irremplazable para su formulación en palabras, una que ve vivir una vida santa la respuesta principal a la revelación divina. Quizás también, deberíamos superar nuestra resistencia a hablar sobre misticismo y verlo como un tema fundamental para una fe madura.

²⁰ Por ejemplo, Juan Pablo II, *Ut unum sint*, §54.



Todo esto apunta a la importancia de una espiritualidad garantizada simultáneamente por una larga tradición y por la experiencia vivida. Quizás lo que los fieles esperan de nosotros sea ayuda para vivir una vida espiritual, ayuda para acercarse a la realidad de Dios y al significado de sus propias vidas. Hay una creciente demanda de centros a los que puedan regresar los buscadores de soledad. Esto significa, por supuesto, que primero tenemos que ser fieles en nuestra propia práctica para que nos revele lo que será útil para los demás. No solo se busca la enseñanza, sino el ejemplo de fidelidad en la práctica, tanto personal como comunitaria. Por qué es importante que algunos asuman el papel de dar orientación a otros es simplemente que el viaje espiritual está lleno de giros y vueltas contraintuitivas, cuyo resultado es predecible solo por aquellos que han pasado por ellas.

Tampoco debemos subestimar la importancia política de la vida y contemplativa y del silencio en el mundo postmoderno y en la Iglesia institucional. Ponernos más allá del pálido marketing de masas y separarnos del clamor populista son actos políticos. Tal postura, ya sea absoluta o relativa, no solo protege la integridad de nuestro discipulado cristiano, sino que también representa una negativa a ser cómplices en los sistemas de opresión que nos rodean. Cuando, por una elección deliberada, el Papa Francisco se niega a mirar televisión o participar en Internet, esto es más que una opción privada. Está cumpliendo la advertencia que San Pablo nos dirige a todos: "No os amoldéis a este mundo" (Rom 12, 2).

Tomar la vida espiritual en serio exige mucho de cualquiera que siga a Cristo. Creo que el Papa Francisco tiene razón al considerar la alegría de los cristianos comprometidos como un instrumento poderoso en la evangelización de los no creyentes. Como dijo Santo Tomás Moro: "Un santo triste es un triste santo". A pesar de los desafíos que enfrentamos en el mundo de hoy, tenemos una tradición viva para apoyarnos con la confianza confiada de que, de hecho, Dios llevará a término la buena obra. Eso ha comenzado en nosotros. Y que Dios nos guíe a todos juntos a la vida eterna.